

Los
Contem
pora
neos

LA PARABOLA DE LA NARANJA

QUIZA dos, tres individuos, quizá sólo uno, inyectan con mercurio unas docenas de naranjas: el pánico se extiende por el mundo, se hunden los mercados de cítricos, peligran las exportaciones. Se imagina una poderosa banda internacional de palestinos. O una monstruosa operación de guerra comercial. Se imaginan fraudes: ¿disfrazan los israelíes de españolas sus naranjas? ¿O viceversa? Todo holandés, todo sueco, todo alemán que haya ingerido una naranja, se siente irremediadamente enfermo. Las autoridades sanitarias de los puertos del mundo se precipitan sobre las cajas de naranjas para examinarlas. Y la Policía. Quizá dos, tres individuos, tal vez uno solo, han conseguido una ola de pánico mundial y una desestabilización comercial y agrícola.

Así somos de vulnerables. Así de nervioso, de paranoico, de inestable es el contemporáneo. Y el no contemporáneo. En 1936, alguien se inventó que las damas de la derecha daban caramelos envenenados a los hijos de los obreros: hubo conatos de linchamiento. En otro tiempo se dijo que los jesuitas envenenaban las aguas potables: hubo incendios de conventos. Otras veces, las víctimas del infundio fueron los masones, los comunistas, los judíos. En el siglo XVI, alguien se inventó que los judíos habían crucificado a un niño, y hubo matanzas de judíos: Lope de Vega escribió una obra sobre el tema ("El Santo Niño de la Guardia, segundo Cristo") y dicen que allí donde se representaba, se apaleaba a los judíos. Es curioso: las víctimas imaginadas siempre son niños. Niños holandeses que comen naranjas, niños del barrio de Tetuán que comen los caramelos emponzoñados, niños crucificados por los judíos.

No ahora: siempre el mundo ha vivido metido en esta red de miedo. Siempre hubo alarmistas. España, hoy, es un país de alarmistas. Cuidado con aquellos que dicen: "Debemos alertar a la opinión pública acerca de...". Mucho cuidado: pueden llevar a la opinión pública a la paranoia, a la manía persecutoria. Cuidado con los que denuncian las olas que nos invaden: de pornografía, de descuidados, de terrorismo. Pueden alguna vez tener la mejor intención del mundo. Pero están multiplicando el efecto del terror. La revolución francesa se alarmó de los alarmistas y los quiso condenar a muerte: sembró la alarma.

Hay quien inyecta mercurio en las naranjas. Hay quien inyecta este mercurio invisible —ese azogue, inquieto y nervioso— en la opinión pública. Todos nos hacemos su vehículo. Un azogue que enloquece, que pierde, como hacía Júpiter, según los romanos, con sus enemigos: "Júpiter enloquece a aquellos que quiere perder..."

... pero la verdad es que hay una docena, diez o diez mil, de naranjas inyectadas de mercurio; la verdad es que ha caído en la nieve del Canadá un satélite ruso que podía haber caído en Nueva York, Londres o Barcelona, y que el espacio está repleto de estos cuerpos con un veneno desconocido; la verdad es que las aguas de los ríos o del mar están contaminadas por el petróleo.

Y las gentes que han creído durante siglos en la paz de la naranja, la pureza de la nieve o la serenidad del agua, están asustadas, muy asustadas. Y la verdad es que todos somos alarmistas sin quererlo, y todos nos transmitimos a todos esta paranoia, este presentimiento de catástrofe, este terror. ■

POZUELO



"Gracias, Carter... ¡con el comunismo, jamás!", dice el cartel firmado por el Partido de la Socialdemocracia Europea.

Italia VOLVER A LO MISMO

POR muchas vueltas que se le dé, la solución de la crisis italiana se parece como una gota de agua a la situación anterior. Y no es una solución, sino una simple salida: el propio Andreotti admite que sólo podrá mantenerla hasta diciembre y la crisis se abrirá de nuevo tras las elecciones presidenciales. Los comunistas han aceptado no participar en el Gobierno, provisionalmente, en vista de la imposibilidad de ello; la democracia cristiana ha renunciado, a su vez, a excluir del pacto general a los comunistas, como era su deseo.

En la situación anterior, el Gobierno Andreotti trataba de realizar un plan cuyo desarrollo pasaba por el Parlamento con la abstención de los partidos de la oposición: así fue confirmado Andreotti en su investidura. En la nueva fórmula, en lugar de la abstención contará con los votos favorables, a condición de que los partidos del "arco constitucional" —cinco, más la democracia cristiana— acepten los nombres de los ministros y el plan que éste va a desarrollar. Lo que se sabe del plan no se diferencia en nada con lo que suponía el plan anterior, y se enumera en términos generales: lucha contra

el terrorismo, contra el paro, contra la inflación... Como todos los países de Europa, un plan defensivo ante la invasión de una crisis general difícilmente contenible. La DC se las ha arreglado para mantener la tesis continua de la "confrontación" con el Partido Comunista, al mismo tiempo que accede a esta alianza no orgánica. Si los comunistas pedían que su participación fuera "explícita, reconocida y contratada", la DC les ofrece que sea simplemente "explícita y reconocida". Maravillas del lenguaje y de la vieja habilidad italiana para disfrazar las situaciones inverosímiles.

El tema más nuevo sería el del "comité de garantías": los secretarios generales de los partidos del arco constitucional formarían una especie de supergobierno, sin ningún reconocimiento oficial, pero que continuamente estaría vigilando —garantizando— la forma de cumplimiento del plan. Esto es, la fórmula que pretendió y aún pretende el PCE con respecto al pacto de la Moncloa. Con la diferencia de que en Italia el Gobierno está en crisis y muestra una debilidad creciente, mientras que en España es dueño de todos los resortes del poder. Este contrato —no llamado contrato, ni pacto, ni nada— duraría también como el Gobierno, hasta el 31 de diciembre: es decir, cuando un nuevo Presidente de la República acepte la dimisión del Gobierno y decida si ha de convocar elecciones generales, tras disolver el Parlamento, o encargar a alguien de formar Gobierno; serán las propias elecciones presidenciales y el desarrollo de los acontecimientos en el país los que decidan la solución.

Las discusiones en estos momentos son infinitas: desde las que señalan la inconstitucionalidad del "comité de garantías" hasta las que rechazan de plano a los comunistas. Y en esta semana, Andreotti está consultando sus planes y sus nombres con todos los partidos, para poder volver la situación del Gobierno a un punto parecido al que se encontraba antes de la crisis. ■



Andreotti: confirmado en su investidura.